

de Faselis, cuyos habitantes eran Griegos, pero ni admitian sus tropas ni habia forma de apartarlos del partido del Rey, taló su territorio, y empezó á combatir los muros. Iban en su compañía los de Quio; y siendo amigos antiguos de los Faselitas, por una parte procuraban templar á Cimon, y por otra arrojaban á las murallas ciertas esquelas clavadas en los astiles para advertir de todo á los Faselitas. Por fin lograron se hiciera la paz con ellos, bajo las condiciones de dar diez talentos y de unirse con Cimon para la guerra contra los bárbaros. Eforo dice que era Titraustes el que mandaba la armada del Rey, y Ferendates el ejército; mas Calistenes es de opinion que Arimandes, el de Gobrias, tenia el mando de todas las fuerzas, y que con las naves marchó hácia el Eurimedonte, no estando dispuesto á pelear todavía con los Griegos, porque esperaba otras ochenta naves Fenicias que habían salido de Chipre. Quiso Cimon anticiparse á su llegada, para lo que movió con sus naves, dispuesto á obligar por fuerza á los enemigos, si voluntariamente no querian combatir. Al principio estos para no ser precisados se entraron rio adentro; pero siguiéndolos los Atenienses, hubieron de hacer frente, segun Fanademo con seiscientas naves, y segun Eforo con trescientas y cincuenta. Mas por mar nada hicieron digno de tan considerables fuerzas, sino que al punto se echaron á tierra; y los primeros pudieron escapar huyendo al ejército que estaba cerca; pero los demas fueron detenidos y muertos, y disuelta la armada. Ahora, la prueba de que las naves de los bárbaros habían sido en excesivo número, es que con haber huido muchas, como es natural, y haber sido otras muchas destruidas, todavía apresaron doscientas los Atenienses.

Bajaba el ejército hácia el mar, y le pareció á Cimon obra muy ardua contenerle en su marcha, y hacer que los Griegos acometieran á unos hombres

que venian de refresco y eran en gran número: con todo viendo á estos muy alentados y resueltos con el ardor y engreimiento que da la victoria á arrojarse en union sobre los bárbaros; á la infantería, que todavía estaba caliente del combate naval, le hizo que cargase con ímpetu y algazara; y resistiendo y defendiéndose por su parte los persas no sin bizarria, se trabó una muy reñida batalla. De los Atenienses cayeron los hombres de mayor valor y de mayor opinion; pero al fin hicieron huir á los bárbaros con gran matanza de ellos, y despues tomaron prisioneros á otros, y les ocuparon las tiendas llenas de toda especie de preciosidades. Cimon, que como diestro atleta en un dia habia salido vencedor en dos combates, no obstante haber excedido con la batalla campal al triunfo de Salamina, y con la naval al de Platea, aun añadió otro trofeo á estas victorias: pues sabiendo que las ochenta galeras Fenicias, que no tuvieron parte en el combate, habían aportado á Hidro, se dirigió allá sin detencion; y como sus comandantes no tuviesen noticia positiva de las principales fuerzas, sino que estuviesen en la duda y en la incertidumbre, siendo por lo mismo mayor su sorpresa, perdieron todas las naves, y la mayor parte de los soldados perecieron. De tal modo abatieron estos sucesos el ánimo del Rey, que ajustó aquella paz tan afamada de no acercarse jamas al mar de la Grecia á la distancia de una carrera de caballo, y de no navegar dentro de las Cianeas y Quelidonias con nave grande y de proa bronceada: aunque Calistenes sostiene que el bárbaro no hizo tal tratado; mas en las obras guardó lo que se ha dicho de miedo de aquella derrota, teniéndose á tanta distancia de la Grecia, que Pericles con cincuenta galeras y Efiates con solas treinta navegaron por aquella parte de las Quelidonias, sin que de los bárbaros se les ofreciera á la vista ni siquiera un barco. Pero Cratero en su

coleccion de decretos insertó el tratado como hecho realmente: y aun se dice que los Atenienses erigieron con este motivo el ara de la paz, y que á Calias, que habia sido el embajador, le colmaron de distinciones. Vendidos los despojos que entonces se tomaron, tuvo el pueblo fondos para otras muchas cosas, y edificó en el alcázar el muro del mediodía; habiéndose hecho rico con esta expedicion. Añádese que las largas murallas llamadas piernas, aunque se acabaron despues, se empezaron entonces, y que el cimientó, como se hubiese dado con un terreno pantanoso y muelle, fue afirmado con toda seguridad por Cimon, que hizo desecar los pantanos con mucha arcilla y piedras muy pesadas, dando y aprontando para ello el caudal necesario. Fue el primero en hermostear la ciudad con aquellos lugares de recreo y entretenimiento, por los que hubo tanta pasión despues: porque plantó de plátanos la plaza; y á la Academia, que antes carecia de agua y era un lugar enteramente seco, le dió riego, convirtiéndola en un bosque, y la adornó con corredores espaciosos y desembarazados, y con paseos en que se gozaba de sombra.

Como algunos persas no quisiesen abandonar el Quersoneso, y aun llamasen de mas arriba á los Tracios con desprecio de Cimon, partió este de Atenas con poquísimas naves en busca de ellos; y con solas cuatro naves les tomó trece. Lanzando pues á los persas y derrotando á los Tracios, puso bajo la obediencia de Atenas todo el Quersoneso. Despues, venciendo por mar á los Tasio, que se habian rebelado á los Atenienses, les tomó treinta y tres naves, se apoderó por sitio de su ciudad, adquirió para Atenas las minas de oro que estaban al otro lado, y ocupó todo el terreno sobre que dominaban los Tasio. De alli pudiendo pasar á la Macedonia y ganar mucha parte de ella, como parecia que lo

habia dejado por no querer, se le atribuyó que por el Rey Alejandro habia sido sobornado con presentes; sobre lo que tuvo que defenderse, persiguiéndole con encarnizamiento sus enemigos. En su apología ante los jueces dijo que no habia tenido hospedage como otros entre los Jonios ó los Tesalios, que son ricos, para recibir honores y agasajos, sino entre los Lacedemonios, cuya moderacion y sobriedad habia procurado imitar y aplaudir, no teniendo en nada la riqueza, y sí preciándose de haber enriquecido su ciudad con la opulencia de los enemigos. Haciendo Estesimbrotó mencion de este juicio, refiere que Elpinice, rogada por Cimon, fue á llamar á la puerta de Pericles, porque este era el mas violento de los acusadores; y que él echándose á reír: vieja estas, le dijo, vieja estas Elpinice para manejar tan arduos negocios; mas que con todo en la vista de la causa se mostró muy benigno con Cimon, no habiéndose levantado durante la acusacion mas que una sola vez como para cumplir.

Salió pues absuelto de esta causa; y en las cosas de gobierno, mientras estuvo presente, dominó y contuvo al pueblo, que acosaba á los principales ciudadanos, y procuraba atraer á sí toda la autoridad y el poder; pero cuando volvió á marchar á la armada, alborotándose los mas y trastornando el orden existente de gobierno y las instituciones patrias en que antes habian vivido, poniéndose al frente Esfates, quitaron al Senado del Areopago el conocimiento de todos los juicios, á excepcion de muy pocos; y erigiéndose en árbitros de los tribunales, introdujeron una democracia absoluta, teniendo ya entonces Pericles bastante influjo, y habiéndose puesto de parte de los muchos. Por esta causa, como Cimon á su vuelta se hubiese indignado porque habian oscurecido la magestad del consejo, y hubiese intentado volver á llevar á él los juicios y restablecer la aris-

rocracia de Clistenés, se juntaron muchos á gritar y á irritar al pueblo, renovando lo de la hermana y acusándole de laconismo, acerca de lo cual son bien conocidos aquellos versos de Eupolis contra Cimon:

No era hombre malo; un poco dado al vino,
Descuidado, y que á veces en Esparta
Noche solia hacer, aqui dejando
Sola y sin compañía á su Elpinice.

Pues si faltó de atención y tomado del vino conquistó tantas ciudades y alcanzó tantas victorias, es claro que á haber estado cuerdo y atento, ninguno de los Griegos ni antes ni después de él hubiera igualado sus hechos.

Fue en efecto desde el principio Lacomano, y de dos hijos gemelos que tuvo de Clitoria, segun dice Estesimbrotó, al uno le puso por nombre Lacedemonio, y al otro Eleo; por lo que Pericles muchas veces les dió en cara con su origen materno; pero Diodoro Periegetes dice que así estos como Tesalo, hijo tercero de Cimon, fueron tenidos en Isodica, hija de Euruptolemo el de Megacles. Contribuyeron mucho á sus adelantamientos los Lacedemonios, que ya entonces estaban en contradiccion con Pericles, y querian que fuese este jóven el que tuviese el mayor poder y autoridad en Atenas. Esto lo vieron al principio con gusto los Atenienses, no sacando poco partido de la benevolencia de los Lacedemonios hacia él: porque en el principio de su incremento, y cuando empezaban á tomar parte en los asuntos de los otros pueblos, aliados de unos ú otros, no les venían mal los honores y los obsequios hechos á Cimon; puesto que entre los Griegos todo se maneja á su arbitrio, siendo afable con los aliados y muy acepto á los Lacedemonios. Mas después, cuando ya se hicieron los más poderosos, vieron con malos ojos que Cimon permaneciese todavía no ligeramente apa-

sionado de los Lacedemonios: porque él mismo tambien, celebrando para todo á los Lacedemonios ante los Atenienses, especialmente cuando tenia que reprehender á estos, ó que excitarlos á alguna cosa, habia tomado la costumbre, segun refiere Estesimbrotó, de decirles « ¡qué poco son así los Lacedemonios!» con lo que se grangeó cierta envidia y displicencia de parte de sus conciudadanos. Pero de todas la calumnia mas poderosa contra él tuvo este origen: en el año cuarto del reinado de Arquidamo el de Zeuxidamo en Esparta por un terremoto, mayor que todos aquellos de que antes habia memoria, en todo el territorio de los Lacedemonios se abrieron muchas simas, y estremecidos los Taigetos, algunas de sus cumbres se aplanaron. La ciudad misma tembló toda, y fuera de cinco casas, todas las demas las derribó el terremoto. En el pórtico, en ocasion de estar lleno ejercitándose en él á un tiempo los mozos y los muchachos, se dice que poco antes del temblor se apareció una liebre, y que los muchachos, ungidos como estaban, por una muchachada se pusieron á correr tras ella y perseguirla, y en tanto cayó el gimnasio sobre los mozos que se habian quedado, muriendo allí todos; y á su sepulcro aun se le da el dia de hoy el nombre de *Seismacia*, tomado del terremoto. Previó al punto Arquidamo por lo presente lo que iba á suceder, y viendo que los ciudadanos se dedicaban á recoger en sus casas lo mas precioso cada uno, mandó que la trompeta hiciera señal de que venian enemigos, para que á toda priesa acudieran armados á su presencia; y esto solo fue lo que entonces salvó á Esparta: porque de todos los campos sobrevinieron corriendo los Hilotes para acabar con los que se hubieran salvado de los Esparciatas; pero hallándolos en orden de batalla, se retiraron á sus poblaciones: siendo sin embargo bien claro que iban á hacerles la guerra, atrayendo á no pocos de los circunvecinos, y vi-

niendo ya tambien sobre Esparta los Mesenios. En-
vian pues los Lacedemonios á Atenas de embajador
para pedir auxilio, á Pericleidas, de quien dice el
cómico Aristofanes que, „sentado ante los altares,
„todo pálido, con una ropa de púrpura, pedia por
„compasion un ejército.” Oponiase Esiates, y con
el mayor empeño rogaba que se negase el socorro y
no se restableciera una ciudad rival de Atenas; sino
que se la dejase en el suelo para ser pisado su orgullo;
pero dice Cricias que Cimon, anteponiendo el bien
de los Lacedemonios al incremento de su patria,
convenció al pueblo y salió á auxiliarlos con mucha
infantería. Ion nos da cuenta de la principal razon
con que movió á los Atenienses, que fue exhortarlos
á que no dejaran coja la Grecia, ni dieran lugar á
que su ciudad quedara sin pareja.

Auxiliado que hubo á los Lacedemonios, volvia
con su ejército por Corinto, y Lacarto le réconvino
por haber entrado con sus tropas sin anuencia de
aquellos ciudadanos: porque decia que aun los que
llaman en puerta agena no entran sin que el dueño
les mande pasar adelante, á lo que Cimon le re-
plicó: pues vosotros, ó Lacarto, no llamais á las
puertas de los Cleoneos y Megarenses, sino que que-
brantándolas, os introducis con las armas, creyendo
que todo debe estar abierto á los que mas pueden:
¡con esta arrogancia habló en tan oportuna ocasion!
y pasó con su ejército. Volvieron los Lacedemo-
nios á llamar en su socorro á los Atenienses contra
los Mesenios é Hilotes, que se hallaban en Itome;
y cuando ya los tuvieron á su disposicion, temien-
do su denuedo y aire marcial, los despidieron á
ellos solos de todos los aliados, bajo el pretexto de
que intentaban novedades. Retiráronse con grande
enojo, y ademas de exasperarse muy á las claras
contra los que laconizaban, valiéndose de un leve
pretexto, condenaron á Cimon al ostracismo por

diez años: porque este era el tiempo prefinido á to-
dos los que sufrían esta pena. En esto hallándose los
Lacedemonios acampados en Tanagra de vuelta de
libertar á los de Delfos de los Focenses, les salieron los
Atenienses al encuentro para darles batalla; y Cimon
fue á colocarse con sus armas entre los de su tribu
Oineide, dispuesto á batirse contra los Lacedemo-
nios en compañía de sus ciudadanos; pero el conse-
jo de los quinientos, sabedor de ello y temiéndole,
intimó á los generales, á instigacion de sus enemigos,
que le imputaban ser su ánimo desordenar el ejérci-
cito é introducir los Lacedemonios en la ciudad, que
de ningun modo lo admitiesen. Retiróse pues, ro-
gando encarecidamente á Eutipo el de Anafustio, y
á los demas amigos que estaban mas tildados de la-
conizar ó ser adictos á los Lacedemonios, que pelea-
ran esforzadamente, á fin de lavar con las obras an-
te sus ciudadanos aquella infundada nota. Estos pues,
tomando la armadura de Cimon y colocándola en
su puesto, se juntaron todos en uno, los ciento que
eran, y corrieron á la muerte con el mayor arrojo,
obligando á los Atenienses á que sintiesen su pérdi-
da y á que se arrepintiesen de sus injustas sospechas.
De aqui es que tampoco les duró mucho el enojo
contra Cimon, ya porque trajeron á la memoria,
como era debido, sus importantes servicios, y ya
tambien porque asi lo exigieron las circunstancias:
porque vencidos en Tanagra en una reñida batalla,
y esperando tener sobre sí para el verano un ejército
de los del Peloponeso, llamaron de su destierro á
Cimon, y tornó á su llamamiento, habiendo sido
Pericles quien escribió el decreto: ¡tan subordinadas
eran entonces al orden político las rencillas! ¡tan
templados los enojos, y tan prontos á ceder á la co-
mun utilidad! ¡y hasta tal punto la ambicion, que
sobresale entre todas las demas pasiones, sabia aco-
modarse á las necesidades de la patria!

Luego que volvió Cimon, al punto puso fin á la guerra, y reconcilió las ciudades; pero como hecha la paz viese que los Atenieses no podian permanecer en reposo, sino que deseaban estar en accion y aumentar su poder por medio de expediciones, para que no incomodaran á los demas Griegos, ni dirigiéndose con muchas naves hácia las islas y el Peloponeso, diesen ocasion á guerras civiles, ú origen á quejas de parte de los aliados contra la ciudad, tripuló doscientas galeras, con muestras de marchar otra vez contra el Egipto y Chipre: llevando en esto la idea por una parte de que los Atenieses no se descuidaran nunca de la guerra contra los bárbaros; y por otra de que grangearan justamente riquezas, trasladando á la Grecia la opulencia de sus naturales enemigos. Cuando todo estaba dispuesto y las tropas ya embarcadas, tuvo Cimon un sueño. Parecióle que una perra muy furiosa le ladraba, y que del ladrido salía una mezcla de voz humana que le decia:

Acércate; porque has de ser amigo

Mio y de estos mis tiernos cachorrillos.

Siendo tan difícil y oscura esta vision, Astufilo Posidionate, que era adivino y muy conocido de Cimon, dijo que aquello significaba su muerte, explicándolo de esta manera: el perro es enemigo de aquel á quien ladra; y de un enemigo nunca se hace uno mejor amigo que á la muerte: y la mezcla de la voz designa un enemigo Medo: porque el ejército de los Medos se compone de Griegos y bárbaros. Despues de este ensueño, estando él mismo sacrificando á Baco, dividió el Sacerdote la víctima, y la sangre ya cuajada la fueron llevando poco á poco unas hormigas, y poniéndola pegada en el dedo grande del pie de Cimon, sin que esto se advirtiese por algun tiempo; pero cabalmente al mismo echarlo de ver, vino el sacerdote mostrándole el hígado sin cabeza. Mas con todo no pudiendo desentenderse de la expe-

dicion, siguió adelante, y enviando sesenta naves al Egipto, navegó con todas las demas; y venciendo la armada del Rey compuesta de naves de la Cilicia y la Fenicia, ganó todas las ciudades de Chipre, amagando á las de Egipto, siendo su ánimo nada menos que de destruir todo el imperio del Rey: mayormente despues de haber entendido que era grande el poder y autoridad de Temístocles entre los barbaros, y que habia ofrecido al Rey, al mover guerra á los Griegos, que él iria de General. Pero se dice que Temístocles, como desconfiase de poder salir bien en las cosas de los Griegos y mas todavía de superar la dicha y esfuerzo y destreza de Cimon, se quitó á sí mismo la vida. Preparados asi por Cimon los principios de grandes combates y manteniéndose con su escuadra á la inmediacion de Chipre, envió mensageros al templo de Amon á inquirir del Dios cierto oráculo oscuro: pues nadie sabe determinada-mente á qué fueron enviados. Ni tampoco el Dios les dió oráculo alguno, sino que al tiempo mismo de acercarse mandó que regresaran los de la consulta, porque él tenia ya consigo á Cimon. Oyendo esto los mensajeros, bajaron al mar, y cuando llegaron al campo de los Griegos, que ya estaba en el Egipto, supieron que Cimon habia muerto; y computando los dias que pasaron cerca del oráculo, reconocieron haberseles dado á entender la muerte del caudillo, con decirseles que ya estaba con los Dioses.

Murió teniendo sitiado á Cicio, de enfermedad segun los mas; aunque algunos dicen que fue de una herida que recibió combatiendo con los bárbaros. Al morir encargó á sus subalternos que al punto dieran la vuelta á casa, ocultando su fallecimiento: así sucedió, que no habiéndolo entendido ni los enemigos ni los aliados, hicieron con seguridad su regreso, acaudillados, como dice Fanodemo, por Cimon, que hacia treinta dias estaba muerto. Despues que

él falleció ya nada de entidad se hizo contra los bárbaros por ninguno de los capitanes Griegos; sino que armados unos contra otros, por las instigaciones de los demagogos y de los fomentadores de discordias, sin que nadie se pusiera de por medio para contener sus manos, se despedazaron con guerras intestinas, dando respiracion al Rey en sus negocios, y causando una indecible ruina en el poder de los Griegos. Ya más tarde Agesilao, llevando sus armas al Asia, dió algún paso en la guerra contra los Generales del Rey; pero sin haber hecho nada grande ó de importancia. Llamado otra vez por disensiones y disturbios de los Griegos, que de nuevo sobrevinieron, se retiró, dejando á los exactores de las Persas en medio de las ciudades confederadas y amigas; cuando no se vió que ni un mal correo ni un caballo se acercara á aquel mar, ni á cuatrocientos estadios, durante el mando de Cimon. Haber sido sus despojos traídos al Atica lo atestiguan los sepulcros que aun hoy se llaman Cimoneos. Tambien los Citienses honran un sepulcro de Cimon, por haberles encargado el Dios en cierta hambre y esterilidad, segun dice el orador Nausicrates, que no se olvidaran de Cimon, sino que le dieran culto y lo veneraran como á un ser supremo. Tal fue el General Griego.

El abuelo de Luculo habia obtenido la dignidad consular, y era tio suyo por parte de madre Metelo el llamado Numídico; pero su padre habia sido condenado en causa de soborno, y su madre Cecilia estaba notada de vivir con poco recato. La primera obra por donde Luculo se dió á conocer antes de pedir magistratura ninguna, y antes de tomar parte en el gobierno, fue la de hacer juzgar al acusador de su padre, Servilio el agorero, que habia malversado los caudales públicos: accion que á todos los Romanos les mereció elogios, teniendo siempre en la boca aquel juicio como una muestra de virtud. En general el hecho de acusar, aun sin particular motivo, no era entre ellos mal mirado; sino que se complacian en ver á los jóvenes perseguir á los malos, como á las fieras los cachorros de buena casta. Excitó tanto la curiosidad aquella causa, que en fuerza del concurso hubo caídas y algunos heridos; pero Servilio fue absuelto. Habíase ejercitado Luculo en hablar corrientemente ambas lenguas, griega y latina: así es que Sila, al escribir sus propios hechos, le dirigió la palabra, como á persona que sabia disponer y ordenar la historia con mayor perfeccion: porque su pronto y buen decir no se limitaba al uso preciso, á la manera de quien

El foro agita, cual atun las ondas,
y despues fuera de la plaza
En seco muere con trabada lengua;
sino que siendo todavia joven, habia adquirido ya, atraído de su belleza, aquella educacion esmerada, que se llama liberal. De anciano enteramente dedicó su ánimo, fatigado de tantas contiendas, al ejercicio y recreo de la filosofía, entregado á la investigacion de la verdad, por haber dado de mano en oportuno tiempo á la ambicion, á causa de su des-